

bía dibujado todavía, en esas páginas, su perfil. Fue preciso un silencio de varios años para que se forjara esa personalidad robusta en que las contribuciones conjuntas del periodismo y la acción producen ahora un resultado muy moderno y, a la vez, muy tradicional. Los relatos de la revolución que publicó, domingo a domingo, en el suplemento de uno de nuestros diarios y que acaba de reunir en un grueso volumen: *El Aguila y la Serpiente*, constituyen, hasta ahora, el anecdotario más rico, aunque no siempre el más imparcial, de esta época de nuestra guerra civil. Los efectos que logra están obtenidos no como en *Los de Abajo*, de Mariano Azuela, por una mera simplificación del procedimiento y del estilo naturalistas, sino merced a un esfuerzo de recreación artística que da a sus aciertos un mérito más: el de una técnica más estricta.

Para cerrar el panorama de las aportaciones individuales de este grupo, habría que dibujar aquí—¿con qué lápiz indeciso, trémulo?—la silueta de uno de sus espíritus más curiosos y, acaso, más inasibles. Me refiero a Eduardo Colín, autor hasta ahora de dos interesantes libros de crítica: *Verbo Selecto*, *Siete Cabezas*, y de una colección valiosa de poemas originales: *La Vida Intacta*. De calidad angulosa y un poco cortante, su estilo procede, en la prosa, por sucesiones de espasmos, en un temblor que pone de manifiesto, a la vez, la considerable inteligencia casuista del autor y su